

Cuando llega el verano a todo el mundo le da por preguntar cuándo me cojo vacaciones. Ahora es cuando la población se cuadruplica y tengo más trabajo que nunca. Estoy cansado y mi cerebro ya me está enviando señales muy claras de que o paro de una vez o me para. De hecho, el otro día sin ir más lejos, no reconoció la puerta de mi casa. Estuvo desconectado unos cuantos segundos y tuve que prometerle que le concedería un descanso para que volviera al orden.

Mis compañeros alardean de las pegatinas que llevan en sus pasaportes. De que han viajado a Berlín, Viena, Florencia o Lisboa y no entienden que para mí tiene más valor los sellos de las credenciales y la Compostela . Me miran como si fuera un pringado por recorrer todos los años los mismos caminos, por no salir a ver mundo y utilizar el tiempo libre para andar. Antes del verano, cuando aún no apreciaba el calor, había pensado caminar durante la semana de vacaciones. Como siempre voy por libre, no me había molestado en reservar en los albergues. Y menos mal porque mi descanso se quedó en nada. Una llamada del jefe por sorpresa y adiós a mis planes de hacer unas pocas etapas del Camino. Santiago podía esperar pero mi cuerpo roto y mi mente me lo reprocharon mucho. Que adónde íbamos a parar. Que estaba muy bien pensar en el prójimo pero debía pensar un poco en mí. Cuidarme para poder cuidar. Desconectar para poder aguantar todo un año, hasta el siguiente verano si a Dios le venía bien.

En mi trabajo escucho quejas constantemente. Veo más de doscientos cincuenta pacientes con sus respectivos familiares por semana. Sé lo caprichosa que es la vida, pues nos regala el don de saborearla y nos lo arrebatata en un abrir y cerrar de ojos. Me conmueve el sufrimiento, la exigencia, la prisa. Y vivo en un estado de estrés permanente. Diría que faltan abrazos, palabras de cariño, tiempo para escuchar y mucha empatía, porque casi nadie se pone en lugar de los demás.

Ya ni intento que los colegas me entiendan. Será la sexagesimosexta vez que hago un tramo del Camino de Santiago. Dos veces la edad de Cristo. ¿Para qué

explicar que a mí me ayuda a recargar pilas?

Los primeros días necesito silencio. Mucho silencio. Es la única forma de bajar el estrés. Camino despacio. Observo el sol. Dejo que el aire me azote la cara. Como trabajo en una consulta con luz artificial y sin ventanas al exterior, estos pequeños detalles me saben a gloria. Noto las piedras bajo la suela de las zapatillas. Pienso en la fascitis plantar, los esguinces de tobillo, las heridas por rozadura en los talones, los golpes de calor, las bajadas de tensión, hipoglucemias, alergias por la picadura de avispas, heridas que requieren puntos de sutura. Veo piernas hinchadas por la retención de líquidos y fatiga compatibles con alguna patología cardíaca. Tras la primera valoración, producto de la deformación profesional, me digo que si toca hacer algo, ya abriré el botiquín de urgencias, pero sino, tengo que olvidarme de los enfermos y enfermedades sino quiero enfermar.

El camino es como un bálsamo reparador de heridas. Una medicina para el alma. Una forma de recuperar la paz con el mundo, con Dios y conmigo.

Cada año me sucede lo mismo. Necesito tiempo hasta que logro desconectar de la rutina para poder conectar con el camino. Los años pesan. Me noto más torpe. Mucho más cansado al final de cada etapa. Me cuesta madrugar. Como no he conseguido acumular más que dos semanas seguidas, programo las etapas de otra manera. Me tomo un día de descanso o pernocto antes. Sigo callado. Tratando de averiguar si el ritmo del corazón ha bajado revoluciones. Y hablando con ese cerebro que se queja tanto por someterlo a demasiado estrés. Sé que hasta que uno y otro no caminen al unísono, yo tampoco podré disfrutar del camino, impregnarme de esa sensación de paz que todos venimos buscando y que no todos alcanzamos porque hay mil cosas que nos entorpecen.

Me cuesta echar balones fuera. Alejar toda esa carga que arrastro en la mochila. Decirle a mi cerebro y a mi corazón que estoy listo, aunque me pregunte: listo ¿para qué? La voz interna me grita que quiere paz. Que necesito encontrar la paz. No ruego un milagro porque Dios se manifiesta de mil maneras y raro sería que hablara a través de una piedra.

-¿Estás allí? -susurro bajito.

No ocurre nada de nada. Si Dios me observa, se estará echando unas risas.

Otros años me cuesta menos encontrarme con mi interior. Soy capaz de recuperar pronto el equilibrio. Me he ocupado durante el año de mantener la llama que encendí en la Catedral de Santiago para que fuera mi guía, pero con los vientos del invierno, los aguaceros de la primavera y tanta calamidad junta, se apagó hace semanas.

Por el camino me conocen como Benja, el de Villanueva del Robellar de la Sierra. Preguntan por la familia. Que tal he pasado el año. La mayoría han perdido la cuenta del número de veces que he recorrido esas tierras zamoranas y leonesas, me he hospedado en sus albergues y he compartido cena y charla con miles de peregrinos.

Los primerizos quieren saber. Les intriga conocer los motivos que me arrastran una y otra vez. El recogimiento cuando suenan las campanas llamando a la misa del peregrino. El llanto que se me escapa sin control. No me avergüenza que me vean. Para mí es una liberación. Sólo así soy capaz de soltar amarras y dejar atrás todo el ajetreo del año.

Pienso en el contraste entre el camino y mi vida. Conforme avanzo me da por pensar en las bifurcaciones. En lo que ocurre por tomar un camino en lugar de otro. Y aquí hay mil formas de llegar a Santiago, mil caminos, mil alternativas, mil puntos de inflexión. En cada uno de ellos, a lo largo de las sesenta y seis veces que he caminado para llegar a Santiago, ha pasado algo determinante en mi vida, que ha condicionado lo que soy, lo que podría haber sido y en lo que me he ido convirtiendo poco a poco.

El año que por tierras zamoranas caminé por San Marcial y el Perdigón, decidí una ruta con el ánimo encogido por si me equivocaba. Fue el año que me casé y aunque tenía mis dudas, encontré la respuesta hablando con un peregrino que venía de Roma. Él me contó algo que me hizo ver con claridad. Habló de trenes que pasan una sola vez en la vida. De que tropezaría muchas veces en las mismas piedras y que seguiría adelante, como todos, buscando respuestas en un camino solitario y un interior revuelto. Me despidió con una de esas frases que me han seguido acompañando cada vez que aparecen tribulaciones. "Si tienes la conciencia en paz y duermes tranquilo, lo demás llegará solo" Conciencia. Paz. Dormir. Las palabras

rebotan por mi cerebro como si fueran bolas de billar buscando el agujero de la tronera por el que esconderse.

En el cruce de Astorga con El Rabanal me daba igual lanzarme un poco a la aventura. Era más joven y elegir entre el camino francés o sanabrés no era la mayor de mis preocupaciones. Llevábamos tiempo detrás del niño pero no llegaba ni a tiros. A mi mujer no le gustaba caminar. Se ofreció a hacer de coche escoba y aguardarme en los albergues. Se quejaba de que no pasábamos tiempo juntos. Y yo no supe encontrar las respuestas en el camino, o las que encontré fueron las equivocadas.

La ruta de los Hospitales la hice después de que falleciera. Fue tan rápido que no hubo nada que hacer y tampoco tuve tiempo de despedirme. En las montañas de la Mortera y el Alto del Palo en Asturias pasé tiempo observando los antiguos hospitales que existieron en la zona para atender a los peregrinos, pensando que solo Dios salva las vidas y nos las arrebató.

Por eso este año es todo muy distinto. Si me preguntan el motivo del viaje empezaré diciendo que por si es el último. Que no vengo buscando respuestas sino paz. Que no sé si sigo perdido. Que ya he pateado estas rutas sesenta y seis veces y aún estoy como el primer día, dudando qué camino he de tomar, si me estaré equivocando, si es cierto que aquí encuentra uno lo que viene buscando.

En Triacastela tardo mucho en decidir si tomar la ruta por Samos o por San Xil. Ando y desando ese tramo varias veces pensando que finalmente todos los caminos me llevarán a la plaza del Obradoiro. Pero como ando justo de tiempo, me decanto por San Xil aprovechando así para visitar Montán, Pintín, San Mamede do Camiño en dirección a Sarria. Me he marcado como meta completar unos veinticinco kilómetros por día más o menos. Para cuando llego a Portomarín ya llevo dentro el gusanillo dentro por llegar cuanto antes. Recortar esos últimos cien kilómetros que me acercan al Santo.

Sé por ocasiones anteriores, conforme me acerco a O Pedrouzo que va a merecer la pena el esfuerzo. No sé si estoy para dificultades moderadas y desniveles prolongados. Dejo atrás Cimadevila, la iglesia de San Pelayo y alcanzo el tan deseado Monte do Gozo. Le pregunto a mi cerebro si le gusta la vista de la catedral a lo lejos. Como no responde una palabra lo dejo estar. Para mí que barrunta que enseguida se

nos acaba el silencio y volveremos a un año entero de estrés y prisas, de gritos y exigencias, de mucho trabajo y poco tiempo para un recogimiento como el de ese momento.

Durante un buen rato noto como galopa el corazón en mi pecho. No hay manera de calmarlo. Son como el ying y el yang mi cerebro y mi corazón. Se apoyan mutuamente. Se acompasan como las saetas de un reloj caminando con una precisión titánica. Mientras ellas avanzan, yo desearía que se parara el tiempo para continuar saboreando esos instantes de paz.

El esfuerzo me ha fatigado mucho y me cuesta bastante recuperar el resuello. Me separan unos cinco kilómetros todavía. Ya se ve la ciudad y la Catedral al fondo. Pero he cubierto la distancia necesaria para recibir la Compostela. Mi peregrinar de cada año termina en la tumba del apóstol. Le doy gracias. Le pido salud para poder cuidar a los demás hasta que vuelva a verle. Y paso no sé cuanto tiempo rezando antes de acercarme a la oficina a enseñar la credencial con los sellos de los lugares por donde he pernoctado.

Sé que la pregunta es obligada. Los motivos que me han llevado a Santiago por sexagesimosexta vez. Parezco un principiante. Me quedo un buen rato pensando la respuesta porque no quiero que ésta sea la última.

Podría hablar de motivos personales, de necesidad de visitar al mejor amigo invisible que tengo: el Santo, de encontrarme a mí mismo. Pero me parecen obviedades. Una repetición de más de lo mismo. Ese papel es un compromiso que tengo con Dios y con Santiago a los que he hecho la promesa de venir cada año mientras tenga fuerzas. "Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús" Filipenses 4: 6-7

Le digo a la señorita que va a tomarme los datos que el cerebro grita "a la paz de Dios" y el corazón parece que aplaude con el ritmo pausado de quien tiene limpia la conciencia.

A última hora de la tarde, durante la Misa del Peregrino, el sacerdote contará mi número, el punto de partida y nacionalidad. Los motivos se los reservo a Dios que todo lo sabe y al Santo Apóstol que vela por mí para que regrese.